

DESTELLOS DEL GENIO VALENCIANO EN GUADALAJARA, LA DE MEXICO

En la actualidad, nuestra Guadalajara es la segunda ciudad de la República Mexicana; pero a fines de la época colonial su importancia era escasa. Aunque capital del reino de la Nueva Galicia, después reducida a sólo la Intendencia de Guadalajara, siempre fue sede de un gran obispado, que abarcaba parte del occidente y algo del norte de la Nueva España. También la Audiencia de Guadalajara tenía amplia jurisdicción judicial por el mismo espacio del obispado, de manera que esa pequeña ciudad, que entonces llegaría a los diez mil habitantes, jugaba un papel importante en el terreno religioso y judicial. Contó con obispos magnánimos que la enriquecieron con buenos templos y hospitales, colegios que llegaron a ser Universidad, muchos y amplios conventos. Pero el último obispo de la dominación española le dio una de sus mayores glorias, el Hospicio, llamado también en cierta época Casa de Misericordia.

El ilustre obispo don Juan Ruiz de Cabañas encargó al gran arquitecto valenciano don Manuel Tolsá los planos para el magno Hospicio, hoy llamado Ins-

tituto Cabañas. Las ocupaciones de Tolsá no le permitieron venir a Guadalajara a realizar su bello proyecto y lo hizo el arquitecto español Gutiérrez, continuado después por el mexicano Gómez Ibarra. Ese recio y soberbio edificio ha sido enriquecido con



«Retrato de doña Marta Brizuela de Larreátegui», por Manuel Benedito (Guadalajara, México).



«Estudio para un retrato de Luz Brizuela», por Manuel Benedito (1907) (Guadalajara, México).

murales del famoso Clemente Orozco, siendo gloria del arte en esta Guadalajara, ya crecida a más de dos millones de habitantes. La ciudad siempre ha agradecido a Tolsá su participación tan importante en ese edificio y una de sus principales calles ostenta el nombre del celebrado artista valenciano. Una nieta de don Manuel, doña Victoria Tolsá, casó con el abogado local don Emeterio Robles Gil, procreando una prestigiada familia que actualmente reside en la capital del país y en la misma Guadalajara.

En la calle de López Cotilla, del barrio residencial más elegante de la ciudad que hoy es capital del Estado de Jalisco, reside un distinguido caballero de la noble estirpe del descubridor de América, don Juan Francisco Colón de Larreátegui y Brizuela, viudo de la culta dama doña Inés Almada, que también lleva-

ba en sus venas la sangre del almirante, por la rama Colón de Portugal. En esa mansión se guardan reliquias del fastuoso pasado de la familia de don Juan, que ha sido amante del arte en sus diversas manifestaciones.

Al principio de la actual centuria emprendieron la *grand tour d'Europe* los padres de don Juan, dejándolo a educarse en Inglaterra. Esos señores, don Jesús Colón de Larreátegui y Vallarta, juntamente con su esposa, doña Marta Brizuela y Ornelas, eran poseedores de una de las mayores fortunas de la región, y teniendo muy buen gusto, a su paso por Madrid, en compañía de una hermana de la señora, la hermosa Luz Brizuela, decidieron solicitar de uno de los mejores pintores del momento tomara sus retratos. Fue así como visitaron el taller del notable artista valenciano don Manuel Benedito, y ese eminente artista, discípulo del celebrado Sorolla, en vista de la gran belleza de las dos damas, aceptó hacer los óleos solicitados.

La casa actual de don Juan Francisco Colón de Larreátegui es una fracción del suntuoso palacio que fue su residencia original; pero habiendo conservado sus mejores muebles, pinturas, esculturas, porcelana, cristal y demás objetos suntuarios, pudo su esposa, doña Inés, poseedora de refinado gusto artístico, decorar con gran elegancia su mansión. En lugar preferente del gran salón están colocadas las dos obras de Benedito, que son el mejor adorno entre tantos y tan valiosos objetos de arte.

Ha dicho Wölfflin: «Toda forma evidencia modos especiales de presentarse en los que radica el grado sumo de claridad.» Así, Benedito, al plasmar en el lienzo la grácil figura de la señora doña Marta, escogió como lo más adecuado un gran óvalo de metro y medio de longitud por un metro de anchura, en que aparecen como fondo las tranquilas aguas del estanque del Retiro, en el Madrid de 1907, limitadas por la pétrea balaustrada, en la cual reclina la dama su mano izquierda, que sostiene floreado abanico. Amplio manto de armiño orleado de martas cibelinas soporta el hombro izquierdo, descubriendo el gentil talle que ciñe argéntea banda sobre el albo atuendo, con corpiño de encajes valencianos, rematado al pecho en cinta de plata. El brazo derecho sostiene las pieles con donosura. Gargantilla de perlas orientales rodea el cuello, y la faz aparece apacible en líneas discretas del perfil, que muestra su carácter bondadoso. El pei-

nado abombado de la *belle époque* es marco feliz del agraciado rostro. La lejanía azul del cielo madrileño muestra nubes que parten de la arboleda y cubren el fondo superior, con un ramaje. La figura es casi completa, pero no enseña los pies; en la parte inferior sólo se aprecia el principio de la bordada orla del traje. En la roca del balaustre, bajo el abanico, aparece la firma: «M. Benedito, Madrid», y unas flores prestan su colorido al verdor de las plantas que rematan el primer plano.

Gran contraste es el otro retrato, como diferente fue el carácter de las dos hermanas: Marta, dulce y sencilla; Luz, dominante y austera, una gran inteligencia. Ese otro retrato es más pequeño: mide, aproximadamente, un metro por sesenta centímetros. Es también un óvalo, pero encerrado en un cuadrilongo marco forrado de terciopelo rojo, cuando el otro marco es ovalado, de madera dorada. La firma, en letras pequeñas, al lado derecho, sobre el traje, dice: «Estudio para un retrato. Manuel Benedito, 9 mayo 1907.» Es sólo un busto con traje blanco liso y escote redondo que no deja ver los hombros. Un cuello algo largo sostiene una cabeza de perfil con severa belleza, ojos penetrantes; no ostenta alhaja alguna; su pelo oscuro tiene el clasicismo de una estatua griega, frío como mármol. El fondo es gris sombreado. Por esas obras se nota el gran psicólogo que fue Benedito. La vida mostró que doña Marta murió joven, adorada por su esposo y sus padres, dejando a su hijo amoroso recuerdo. Doña Luz falleció soltera, de edad avanzada, y sólo dejó a sus amigos y parientes la presencia de su talento.

El propietario de las pinturas, don Juan Francisco Colón de Larreátegui, siente la falta de su esposa, que era alegre, amistosa, de gran simpatía y llenaba la vida de la casa. Espera el fin de sus días con serenidad; es recia su salud y seguramente le quedan muchos años de vida para gozar de la posesión de tanta joya apreciable.

La vida moderna de la ciudad, llena de ruidos y de *smog*, no turba la grandiosa belleza de las obras que ha dejado la España legendaria para que sepamos apreciar las raíces espirituales que forman nuestra nacionalidad.

RICARDO LANCASTER-JONES Y VERA

Guadalajara (México), agosto 24 de 1974